

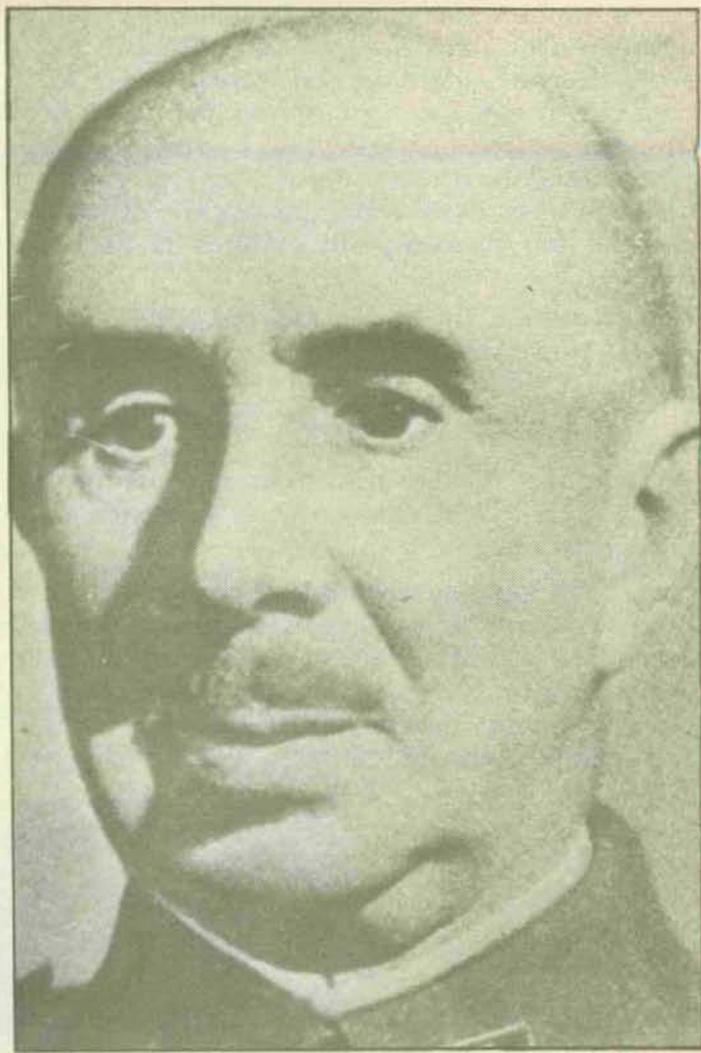


La Quinta Columna, espías de Franco

Tania Juanes

EL término Quinta Columna, para designar a los que trabajan en una guerra para el ejército desde el seno de la población civil, recogiendo información, haciendo sabotajes, etc., fue utilizado por primera vez por el general ruso Suvorov en la guerra con los turcos.

Los llamados quintacolumnistas —en la guerra española— recibieron directamente su nombre de boca del general Mola, quien, al comienzo del asedio a Madrid en el verano del 36, declaró, con ese tono victorioso que tanto se repitió en ese lado de la guerra «tengo cinco columnas para tomar Madrid, cuatro de ellas rodean la ciudad. La quinta ya está dentro».



El personaje verdaderamente clave en todo el sistema de espionaje franquista fue el coronel Ungria —en la foto de la izquierda—. Su historia es una mezcla de aventuras, episodios espectaculares y lagunas desconocidas para todos los que se han interesado por él. Desde su origen francés —fue compañero de escuela de De Gaulle—, hasta su final gris y solitario, en su vida no falta ningún ingrediente de la de un espía de novela.

El coronel José Centaño de la Paz —foto de la derecha— fue figura central de la información de los nacionales desde el otro lado de las trincheras.

El origen de la Quinta Columna, su formación, y especialmente el sistema por el que lograron alcanzar un importante grado de cohesión, son temas que aún no están excesivamente aclarados, ni siquiera para los que protagonizaron, desde lugares diversos y opuestos, ese capítulo de la contienda española.

Sin embargo, por los hombres que fueron detenidos en la zona republicana pasando información a través de las Embajadas, ayudando a «cambiarse» de zona, y por los que más tarde recogieron puestos y honores «por los servicios prestados», indica que el núcleo de la Quinta Columna fue la Falange.

FALANGE siempre conservó, aún en los momentos de su legalidad, secciones clandestinas preparadas para asumir responsabilidades. Era, por tanto, la organización idónea para aglutinar a los descontentos, a los simpatizantes del régimen de Burgos que quedaron en la zona republicana. Más tarde, cuando la evolución de la guerra hacía pensar en la derrota del Gobierno republicano, la Quinta Columna se vio reforzada por los que a cambio de alguna información —desde la Administración o el Ejército— intentaban congraciarse con los futuros vencedores.

También en un Madrid lleno de extranjeros, periodistas, aventureros internacionales, un número pequeño pero pintoresco y eficaz de mercenarios de este oficio se unieron a la Quinta Columna.

PERSONAJES CLAVE

Al fracasar el Alzamiento Nacional en Madrid,

dos miembros destacados de Falange se encontraron en una situación difícil. Valdés Larrañaga estaba detenido en la prisión de Alcalá de Henares por su participación en el atentado a Jiménez Asúa, en el que perdió la vida el agente de su escolta Gisbert. Y Raimundo Fernández Cuesta, que por su conocido extremismo decidió pedir asilo en la Embajada de la República argentina.

Ambos fueron, uno desde la cárcel y otro desde su refugio de la Embajada, los primeros motores de la Quinta Columna en Madrid. Esto era algo plenamente conocido por la policía y SIM republicano, y que les supuso una cierta ventaja a la hora de controlar a buen número de agentes. En 1937 fueron canjeados y pasaron a la España nacional.

Pero el personaje verdaderamente clave en todo el sistema de espionaje franquista fue el coronel Ungría. La historia de este militar es una mezcla de aventuras, episodios espectaculares y lagunas desconocidas para todos los que se han interesado por él. Desde su origen

francés —fue compañero de escuela de De Gaulle—, hasta su final gris y solitario, en su vida no falta ningún ingrediente de la de un espía de novela.

El coronel Ungría fue el protagonista de uno de los sucesos más extraños de la contienda española. En el verano del 38, se presentó en Barcelona vestido de coronel francés, se hizo pasar por enviado del Gobierno y consiguió entrevistarse con el doctor Negrín. Sólo un mes más tarde el SIM logró averiguar la personalidad del visitante, quien en ningún momento se había identificado ante el Jefe de Gobierno de la República. El objetivo de esta visita debió ser el recabar información, ya que Franco esperaba una importante ofensiva militar republicana. Mes y medio después el ejército de la República pasaba el Ebro.

Si en esa ocasión Ungría fracasó, no lo hizo a lo largo de los tres años de guerra. El unificó a los diversos grupos de la Quinta Columna —que actuaban separados—, los coordinó desde los servicios centrales de Burgos y les dio —lo que

La Quinta Columna contaba con casas, centros, muchas veces bajo protección extranjera. Las «casas quinta-columnistas» servían también de hoteles, para los que iban a ser trasladados a la zona nacional. (En la foto, refugiados «nacionalistas» en la embajada de Polonia en Madrid).



según el SIM republicano supuso gran parte de su éxito— una organización de corte alemán.

Los grupos o células de la Quinta Columna estaban formados siempre por cinco miembros, todos no se conocían entre sí. Cuando era detenido uno de ellos, desaparecían el anterior y el posterior, es decir, los dos que le conocían. De esta forma consiguieron que nunca cayeran los que ocupaban la cúspide de la pirámide.

Todos no tenían el mismo trabajo, había dos secciones de información; unos obtenían los informes y otros los recopilaban y los enviaban a la zona nacional. Este era, sin duda, el paso más difícil y las Embajadas, principalmente las de los países latinoamericanos, fueron el medio más utilizado por la Quinta Columna para sus fines.

Luego, a medida que avanzaba la guerra, la confianza se adueñó de gran parte de ellos, y las cafeterías y clubs de la Gran Vía se convirtieron en verdaderos nidos de aventureros y

«espías de tercera», ante la impotencia de la policía republicana.

¿QUE HIZO REALMENTE LA QUINTA COLUMNA?

Sus objetivos de carácter «civil» fueron muy variados. En los primeros momentos la labor prioritaria fue sacar de la zona republicana a los que se consideraban comprometidos. Obispos, nobles e incluso militares, como fue el caso de Muñoz Grandes —que al fracasar el Movimiento en Madrid optó por esconderse— lograron, gracias a la Quinta Columna, marchar a la España de Franco.

Los sabotajes, los bulos, tan fácilmente propagables entre una población hambrienta y bombardeada, eran otro de los frentes de los quintacolumnistas. Aunque no se pudo comprobar, los indicios culpaban a los servicios fascistas de la explosión en el metro de Conde de Peñalver, destinado a almacén de municiones, y en el que perdieron la vida decenas de muchachas.

La emisión de moneda falsa, la manipulación de fichas en los juzgados, las infiltraciones en los partidos y sindicatos —llegaron a descubrir curas con el carnet de la C.N.T.— eran también especialidades de los espías de la España nacional. Pero la actividad más temida entre la población civil fue la de los médicos quintacolumnistas, aunque en este caso la confusión y el bulo tuvieron el principal papel. Los médicos se limitaron en casi todos los casos a certificar la «inutilidad» de algunos jóvenes falangistas para ir al frente.

Para estas acciones, además de la complicidad de la ayuda de los simpatizantes, la Quinta Columna contaba con casas, centros, muchas veces bajo protección extranjera. Así, en la calle de Marqués de Cubas de Madrid, Telefunken servía de tapadera para un centro de la Quinta Columna. Desde allí, por medio de potentes aparatos de radio, se recogían los mensajes de las emisoras de Radio Club portuguesa, Radio Burgos, que enviaban, en clave, consignas a los espías.

Las «casas quintacolumnistas» servían también de hoteles para los que iban a ser trasladados a la zona nacional. En esta labor, a los servicios del coronel Ungría le salieron competidores. Algunas organizaciones sin carácter político se dedicaban a promover viajes a la España nacional; los clientes, siempre ricos, iban acompañados de todas sus posesiones: joyas, dinero... El final del viaje eran las tapias de algún cementerio.

Pero como el país estaba en guerra, el objetivo principal era de tipo militar: conocer los efec-



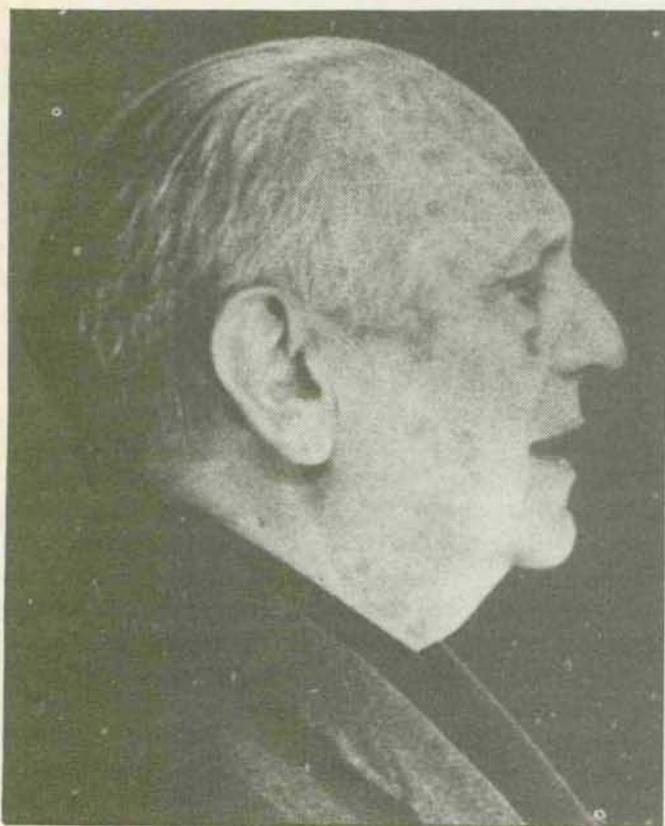
tivos, los planes, las posibilidades del enemigo. Gran importancia tuvo para la Quinta Columna controlar los movimientos de la aviación republicana. Y en esto, según han reconocido los militares de la República, tuvieron notables éxitos. Las salidas de la aviación, sus objetivos eran conocidos de antemano por sus adversarios. El SIM lo recibía como una afrenta, y el hotel Florida, en la plaza del Callao de Madrid, era celosamente vigilado.

La Quinta Columna puso en recoger informaciones militares lo mejor de sus fuerzas. La base era los militares desafectos, los que ya preveían los juicios, los expedientes. Pero también estaban los que arriesgaban su vida, traspasando las líneas del frente; este es el caso del entonces teniente Gutiérrez Mellado.

Las Brigadas Internacionales no se vieron libres de las infiltraciones. En el verano del 37, dos miembros del SIM republicanos fueron a la sierra del Guadarrama para comunicar al general Walter, que mandaba el batallón alemán, que dentro de sus oficiales había siete agentes que trabajaban para Franco. Después de comprobar las acusaciones, se negaron a entregar a los espías. Fueron fusilados, tras un juicio sumarísimo.

AGENTES DOBLES, FINALES TRAGICOS

En toda historia de espionaje no faltan los



Raimundo Fernández Cuesta —en la imagen—, por su conocido extremismo, pidió asilo en la Embajada de la República Argentina.

agentes dobles, los que intentan jugar con dos barajas y que casi siempre salen mal parados. En España, en los años de guerra, algunos buscaron ese difícil equilibrio. Como Melchor Rodríguez, director de Prisiones en la guerra, que ayudó a numerosos franquistas a salvar la vida y que murió en la España franquista, solo y olvidado.

El caso más espectacular fue el del teniente Gabaldón. Durante la guerra se pasó a la zona franquista, y allí entró a formar parte de los Servicios Secretos. Al terminar la contienda, fue nombrado director del Archivo sobre Masonería y Comunismo. Un año más tarde, su coche fue ametrallado, pero su muerte nunca sería esclarecida. Interesante también, en estas historias de duplicidades, es el caso del capitán Medrano, agente de Ungría, que logró trabajar al lado del general Miaja.

LA LUCHA CONTRA LA QUINTA COLUMNA

El peso de la investigación, de la represión de las actividades quintacolumnistas era dirigido por el Servicio de Información Militar Republicano. Formado por jóvenes de absoluta lealtad al régimen nacido en 1931, la mayoría de ellos provenían de los partidos republicanos y socialistas. Desde su sede en el actual Ministerio de Marina, la Brigada Especial dirigida por Emilio Peraile y Valentí, tuvieron que competir con ese grupo de jóvenes, frente a militares, policías y espías profesionales.

La República se encontró durante la guerra con el problema de la falta de un Cuerpo de Policía leal. Concretamente en Madrid, la gran mayoría de ellos actuaban cuando menos con indiferencia y desgana. Algunos llegaron a colaborar activamente con la Quinta Columna, desde entorpecer las investigaciones, facilitar documentación falsa, o certificar muertes a quien le convenía desaparecer, la labor de estos policías era variada. Pero al final tuvieron su compensación, con Franco siguieron en sus puestos y algunos, como Aniceto Diana, que después de tres años de guerra en Madrid debía ser un «profesional» inigualable, llegó a ser jefe de la Dirección General de Seguridad. También los partidos y otras organizaciones intentaron luchar por su cuenta contra los elementos quintacolumnistas, consiguiendo, casi siempre, enfrentarse con el SIM, que «liberaba» a los detenidos de las investigaciones y de los cuarteles de los partidos.

Aunque las actividades de la Quinta Columna serían variadas, su fuerza no fueron ni sus grandes acciones, ni sus componentes. En mu-



El ministerio de Hacienda, vinculado en los últimos días de la guerra civil a las actividades de la Quinta Columna madrileña, cuya conclusión sería la rendición de la capital a las tropas franquistas.

chas ocasiones sus posibilidades se exageraban y el miedo hacia ellos era desproporcionado. El tren de Madrid a Valencia dejó de funcionar durante cierto tiempo por miedo a los quintacolumnistas, pero esto era otro de sus éxitos: la desmoralización suponía uno de sus objetivos. Su fuerza residía también en el deseo de algunos funcionarios de intentar contemporizar con un ejército que ya se encontraba a las puertas de la capital.

La última acción de Radio Burgos fue comunicar, en clave, la inminente entrada de Franco en Madrid. Los quintacolumnistas, los franquistas se fueron preparando para el

acontecimiento, y así en el día esperado, las camisas azules volvieron a aparecer en la ciudad.

Entonces comenzó la otra parte de la historia de la Quinta Columna. Muchos se escudaron en ella para evitar los expedientes, otros intentaron escalar puestos en la Administración, en la Policía, en la política... Algunos nunca habían participado en nada, pero compraron, por medio de amigos, un buen «historial». Y también hubo otras historias, las más tristes, en que los quintacolumnistas fueron en muchos casos los testigos de cargo en los juicios, en los fusilamientos. ■ T. J.